

EL HOMENAJE DE LA CONTINUIDAD

(EN EL CUARENTA ANIVERSARIO
DE LA REFORMA UNIVERSITARIA)

JUAN MARINELLO
(CUBA, 1958)

Cumple un gran deber la Federación Universitaria de Buenos Aires señalando con un libro-homenaje el 40° aniversario de la Reforma Universitaria. La ínsita fecundidad de aquel movimiento y el instante en que se le recuerda otorgan un firme significado a la pleitesía.

La Reforma Universitaria de Córdoba es, sin dudas, un gran hecho americano. Los que teníamos veinte años cuando se produjo sentimos ahora, por encima del tiempo y la distancia, su poderío innovador. El movimiento estudiantil cubano que tuvo en Julio Antonio Mella el más poderoso orientador y combatiente, recibió en medida considerable la influencia de la Reforma argentina. Para nuestra juventud de los años veinte el Manifiesto de Córdoba fue sorpresa, incitación y rumbo. Y así ocurrió en otros países de la América Hispánica.

Si indagamos ahora, en la perspectiva que ofrecen cuatro décadas, dónde reside lo singular de aquel movimiento, dónde está su *quilate-rey*, tendremos que admitir que anduvo en su inten-

to de hacer de la universidad porción sensible y dinámica del proceso social. Nunca, hasta aquel despertar feliz, llegaron al silencio amurallado de los claustros la palpitación y la ansiedad de la calle. Que no todo fue corrección en el enfoque, es innegable; pero cuando un movimiento mantiene erguido relieve a través de los años y luce tercas sustancias vigentes, es que supo traducir en su día necesidades y apetencias capitales. De otro modo, no estaríamos recordando la Reforma.

En la entraña del movimiento de Córdoba, se toca el ímpetu de fuerzas sociales ganosas de cambios históricos. Y también, desde luego, la limpia continuidad de la tradición democrática que traspasa, luminosamente, la nación de Sarmiento y Aníbal Ponce. Sin esa tradición no se hubiera producido la Reforma; pero tampoco sin la lealtad perspicaz de sus impulsores. En esta hora deben recibir nuestro homenaje los que no pueden ya festejar un aniversario colmado de promesas. Y los que, como Alfredo L. Palacios, Carlos Sánchez Viamonte, Héctor Agosti y Gre-

gorio Bermann, están presentes para fortuna y provecho de la patria y de nuestros pueblos.

Desde esta conmemoración se advierte mejor la condición precursora de la Reforma. Uno de sus capitales aciertos estuvo en plantear clara y valerosamente la necesidad de la lucha antiimperialista, y en sentir esa necesidad como el lecho profundo de sus consignas específicas. Al irradiar hacia toda Hispanoamérica esa conciencia y esa postura, contribuyó el movimiento de Córdoba a esclarecer la cuestión nacional de cada país y a que la juventud del instante fijase la vista en el problema primordial de sus pueblos. El combate violento y sostenido de las fuerzas conservadoras y reaccionarias contra el movimiento cordobés, explica y pone de relieve la corrección de su planteamiento antiimperialista. La Reforma afectaba el centro impulsor del retraso, y la injusticia que quería erradicar. Desde aquel día, quedó establecida una nueva magnitud de la lucha estudiantil; quedó precisado que cuando la manifestación

cultural no responde a las necesidades de la nación trabaja contra su porvenir y que sólo cumplirá cabalmente su función cuando traduzca, con sentido de realidad y futuro, la voluntad progresista y revolucionaria del pueblo.

Como toda cultura es expresión y defensa de fuerzas sociales determinadas, las dilatadas etapas de opresión oligárquica y de flagrante demagogia sufridas por la Argentina han sido azotes violentos contra el espíritu y los objetivos de la Reforma de Córdoba. Los rectores de la educación nacional durante estas etapas vieron con toda claridad que, sustentando las demandas concretas y dándoles sentido, latía una gran consigna histórica, y a opacarla y combatirla dieron todos sus esfuerzos. Sabían, y saben, que como se produzcan los cambios –inevitables–, que una lucha antiimperialista victoriosa supone, su reino está definitivamente condenado. El triunfo del espíritu de Córdoba –en sus más hondas implicaciones–, significa mudar radicalmente la naturaleza y

la orientación de la docencia superior y adecuarlas a los dictados de una etapa liberadora, democrática y progresista. El combate persistente a la Reforma es la señal de su corrección, y también el compromiso de serle fiel dentro de las nuevas circunstancias.

La frase de Deodoro Roca en 1936: “no habrá verdaderamente Reforma mientras no cambie profundamente la estructura del Estado” es correcta, siempre que se entienda con exacto sentido dialéctico. Es innegable que al cambiar profundamente la estructura del Estado cambiará por la raíz la universidad; pero ello no puede significar un entendimiento mecánico de la cuestión y, en su virtud, la plácida espera de la mutación determinante. Por el contrario, –y en ello la Reforma señala pautas–, lo justo y urgente es la organización de una lucha amplia, popular, en que grave, sobre los problemas concretamente universitarios, la idea de enfocarlos como parte de la transformación estructural que la época reclama en la ordenación económica y en el desarrollo democrático consiguiente.

Vistas las cosas a distancia, el momento argentino parece oportuno para hacer avanzar, con ricas experiencias y sobre presupuestos distintos, el impulso progresista de la Reforma. Con las variantes naturales, los fundamentos de la acción conveniente pueden identificarse

en los pueblos hispanoamericanos. No parece ocioso intentar ciertas precisiones:

- 1) Parece útil enfatizar sin descanso que la universidad es parte de la nación y reflejo por tanto de sus elementos formativos. No siempre se ha entendido así, en el enfoque del problema. Sin estudiar con rigor el modo en que se expresan en las aulas superiores los intereses de las fuerzas que pugnan por regir la vida nacional, toda actividad reformista puede ser una gestión descaminada. No olvidemos que en toda cuestión educativa subyace un forcejeo político y, en lo más hondo, una cuestión de clase.
- 2) La ciencia y la experiencia nos dicen que se guarecen en la universidad, con muy fuertes agarres, los criterios rectores de las fuerzas más regresivas de la nación. Para que tal ocurra hay razones considerables y cuantiosas: arrastres encarnizados en que sobreviven tradiciones negativas de tipo colonial y esfuerzo sostenido de oligarcas y cómplices del imperialismo, para formar técnicos y voceros de su interés.

Si toda universidad es un baluarte de las clases dominantes, la universidad hispanoamericana es un reducto en que mandan los sectores más unidos al dominio imperialista,

dominio que brinda oportunidad de trabajo y bienestar personal al abogado, al médico y al ingeniero. Esta realidad nos dice que no puede intentarse una válida reforma universitaria si no se orienta en la conciencia de que hay que enfrentarse a una fortaleza defendida por viejas y nuevas murallas y que acumula de continuo pertrechos cuantiosos. Ello debe advertirnos de la necesidad de una lucha planeada con mucha claridad sobre la naturaleza del enemigo y realizada con la intervención de todos los grupos democráticos y progresistas de la nación. Si la transformación de la universidad no se entiende hoy como una obra política, popular y nacional, no se alcanzarán los frutos apetecidos.

3) Aunque en las universidades oficiales se agazapan, por las razones apuntadas, fuertes ingredientes reaccionarios, tales documentos encuentran en las universidades privadas más libertad de movimiento y acción. Muchas universidades religiosas de las establecidas recientemente en la América Hispánica no ocultan su condición de centros selectos, “distinguidos”, encargados de formar “líderes de la sociedad”, ya sabemos en qué sentido y con qué intención. En Cuba el alumnado de tales centros sale de las capas más adineradas y, una vez egresado, forma

en los cuadros técnicos de las corporaciones imperialistas. El costo de los estudios es muy elevado. En sus filas no aparecen jóvenes negros, no obstante integrar más de una tercera parte del estudiantado nacional.

No se trata de atacar la creencia religiosa sino de impedir su utilización reaccionaria. La vigilancia y la actividad en este campo han de ser infatigables.

4) Importa mucho precisar el rol exacto de la universidad en el medio hispanoamericano. No porque seamos conscientes de que las transformaciones fundamentales han de venir de la revolución antiimperialista encabezada por la clase obrera, ha de subestimarse el papel de la educación superior. Tal revolución es por esencia un movimiento nacional y en él deben tomar parte todos los organismos asentados en la nación. Es tan erróneo imaginar que la dirección revolucionaria cabe a la Universidad como sostener que no es útil conquistarla para la común obra libertadora.

5) La Reforma proclamó que “hay que llevar la universidad al pueblo”. La consigna es justa; pero sobre ella debe regir esta otra: “Llevar el pueblo a la universidad”.

Cuando hablamos de “llevar el pueblo a la universidad” queremos decir que es indispensable infundir en sus funciones la necesidad

popular, la orientación que piden y reclaman las mayorías nacionales. De otro modo, la universidad seguirá enfrentada con el presente y con el futuro del país, aunque se manifiesten en su seno nobles intenciones renovadoras.

- 6) Para “llevar el pueblo a la universidad”, en el sentido que decimos, lo primero será posibilitar que en sus aulas tenga expresión el pensamiento progresista dirigido a propiciar soluciones acertadas en los problemas vitales de la nación. Por una derivación propia de su origen y de su rol, la enseñanza de la filosofía, de las ciencias sociales y de la economía, se convierte en nuestras universidades en menester libresco, en “aventura intelectual”, en ocasión de lucimiento o en rutina académica. Disciplinas que por su carácter deben investigar en la realidad de donde surgen y señalar rumbos inmediatos, quedan en aparente campo neutral; estorbando en verdad la conciencia de las soluciones adecuadas y urgentes. Vemos que en algunas mentes argentinas muy lúcidas, gana terreno la idea de las “cátedras paralelas” para dar actualización fecunda a la enseñanza superior. No poseemos datos bastantes para prohiar tal procedimiento, y será bueno el que logre quebrantar con eficacia el engraido aislamiento, capa bajo la cual se matan tantas simientes preciosas. Desde

luego que hay que acudir a fórmulas concretas, pero es evidente que lo esencial estará en producir un movimiento capaz de hacer de la universidad porción libre y positiva del debate nacional.

- 7) Pero no sólo debe estar en la universidad el pueblo en su inquietud y en su necesidad. Debe estar también físicamente. Una estadística veraz ofrecería un porcentaje muy bajo de trabajadores en el alumnado universitario hispanoamericano. Los que comienzan los estudios rara vez los culminan. La presencia de los jóvenes campesinos es rarísima. Cambiar las cosas en este campo exige un sistema de becas amplio y suficiente y facilidades para aprovechar la mayor suma de capacidades, dentro de las limitaciones insalvables de nuestra organización social. En algunas naciones, en Francia singularmente, se han realizado ahora muy completas indagaciones sobre la composición social del alumnado, sobre las condiciones de vida del estudiante y sobre las causas que le impiden terminar sus estudios. Es urgente que nos demos en nuestros pueblos a este trabajo, importantísimo en su aparente modestia. En muchos lugares nos faltan los datos primarios de los problemas que intentamos resolver. No olvidemos que la clase produce la ideología, en términos domi-

- nantes, y que la universidad responderá a las necesidades populares empujada fundamentalmente por la conciencia de sus educandos.
- 8) El estudiantado hispanoamericano, pero señaladamente el argentino, tiene la responsabilidad de realizar las consignas de la Reforma. La libertad de cátedra y la diaria y efectiva confrontación de las ideas, la autonomía universitaria y el gobierno ampliamente democrático –profesores, estudiantes y egresados–, presupuestos bastantes y docencia libre deben ser mantenidos, de acuerdo con las nuevas exigencias; pero sin dejar de atender a los problemas que han ido apareciendo y tomando cuerpo en las últimas décadas.
- 9) Los avances hechos por el imperialismo y por las fuerzas regresivas nacionales en el ámbito universitario –siempre al calor de gobiernos antidemocráticos–, deben ser atentamente calibrados y eficazmente combatidos. Tales avances alcanzan desde la orientación general de la función docente hasta los cambios estructurales en su dispensación. En la medida en que los sectores reaccionarios se han visto cercados por el acrecimiento de la conciencia y la acción populares, han dispuesto su defensa en el campo universitario. De una parte, han fomentado una postura filosófica de calculado agnosticismo, o de

maliciada angustia. Por estas vías, han pretendido aislar a la juventud del diario acontecer, o encerrarla en círculos de aristocrático desconsuelo. La tarea del universitario, han postulado, no está en mezclarse con las masas sino en distinguirse de ellas por su capacidad superior. Al tiempo que se desarrollan estas proyecciones, no se descuida situar el aspecto técnico de las enseñanzas en línea y medro de la explotación extranjera. No se abren perspectivas de adiestramiento para actividades industriales que, contribuyendo al desenvolvimiento progresista de la economía nacional, frenan y reducen el dominio imperialista sino que se obedece a la absorción repudiable, preparando técnicas que la mantengan y acrecienten.

Pero no sólo trabaja la acción antipopular en lo genérico de la función universitaria y en la adecuación interesada de su rendimiento técnico sino que, con taimada sagacidad, impone sus objetivos a través de formas organizativas. La desarticulación de las enseñanzas en departamentos aislados conlleva ese propósito. Conocemos la falsa fundamentación de este cambio de estructura: lo importante, se proclama, no es la formación ideológica, siempre cuestionable e insegura, sino la posesión real de técnicas útiles.

La acción estudiantil contra estos negativos avances debe tocar a todas sus expresiones. La orientación general debe ser transformada desde adentro y desde afuera: con la denuncia popular y con la presencia en las cátedras de gentes capaces y sinceras, listas para el debate esclarecedor asentado en los hechos y dirigido al verdadero beneficio colectivo. La división de las enseñanzas en departamentos incommunicados debe combatirse sin tibieza, volviendo a la unidad, que siempre es una posibilidad fecunda.

La fórmula de Langevin, “que lo que la especialización separa lo una la cultura”, es excelente; pero a condición de que se organice una cultura veraz y exigente, científica y actual, e inspirada, además, en el interés de ofrecer solución certera a los problemas de la nación, sustentadora de la cultura. Destruir la atomización maliciosa es la responsabilidad de integrar una unidad leal y superadora.

- 10) Es evidente que la cuestión universitaria, compleja y difícil de suyo, debe ser estudiada y canalizada por los familiarizados con sus elementos, en primer término por los estudiantes. Pero se hace necesario que los ligados a ella la enfoquen, más que

hasta aquí, como una gran cuestión popular y nacional. Son demasiado poderosos y ramificados los elementos negativos en la docencia superior para que se les pueda vencer sin la colaboración efectiva de todas las fuerzas democráticas. Cada vez más, el estudiante debe sentirse responsable de un gran menester ciudadano.

Ahora, según nuestras noticias, se discuten en el parlamento argentino leyes de reforma de la educación. Importa mucho ganar allí la batalla, con la movilización de todos los destacamentos democráticos. Una ley no es una panacea, pero puede ser una posibilidad de triunfo si se la usa como herramienta de un movimiento enérgico y certero. Una ley mala, en cambio, es una fuerte trinchera para el enemigo.

Parece innegable que el actual momento argentino está cuajado de sustancias promisorias, aun cuando las amenazas regresivas sean múltiples e incansables. La fundamental unidad de las masas trajo la victoria histórica del 23 de febrero. Esta victoria supone un gran compromiso de presente y de futuro. Es necesario y urgente que la unidad se afirme y amplíe, integrando un frente invulnerable a la obra de los enemigos de la libertad y del

progreso. Esta unidad debe impulsar toda actividad colectiva; debe construirse y funcionar para dar cima a la tarea iniciada por la reforma de Córdoba. El estudiantado debe saber que en esa unidad está la victoria de su acción.

A través de la distancia –que oculta muchas cosas, pero que con frecuencia descubre otras esenciales–, vemos a la Argentina de hoy como crisol y ejemplo de una lucha que a todos los hispanoamericanos nos toca. Desde esta isla en pelea heroica contra una tiranía brutal sostenida por el imperialismo estadounidense, miramos hacia el Plata con ansiedad colmada de esperanza. Las masas populares marcan allí grandes experiencias victoriosas. Confiamos, por ello, en que la apetencia por una universidad fiel y combatiente corone

una hermosa tradición nacional. La República Argentina nos muestra a lo largo de su historia la presencia de una cultura con los ojos abiertos y volcados sobre la patria y sobre el mundo, la cultura servida y honrada por Echeverría, y por Sarmiento, por José Ingenieros y por Aníbal Ponce. La ciencia iluminada por la virtud civil tiene en la Argentina un claro nombre ejemplar: Ameghino. Ponga el estudiante bajo su recuerdo el desvelo y la lucha presentes. Haga que la universidad sea, como el maestro insuperado, verdad benéfica sirviendo a la patria de todos.

Inédito. “este gran Marinello, a quienes muchos consideran en Cuba como el continuador de Martí” (Bermann), escribió este artículo para la presente publicación.